



Exposición «La reconquista de Europa. Espacio público urbano, 1980-1999»
18/03/1999 - 20/06/1999

A favor del espacio público

Esta exposición quiere defender una idea: los espacios públicos son un elemento nuclear de la vida urbana. La calidad de los espacios públicos es condición necesaria para que una sociedad tenga un alto nivel de convivencia. El espacio público es el lugar de todos. La atención que una ciudad otorga a los espacios públicos constituye un síntoma muy significativo de la dimensión humana de esa ciudad. Y al propio tiempo, la capacidad de la ciudadanía de proteger los espacios públicos con su presencia, es indicativa del nivel de conciencia cívica.

En la Europa contemporánea, la historia de la relación entre la ciudad y el espacio público dista mucho de ser lineal. De un tiempo a esta parte se ha agudizado el conflicto entre la presión social en defensa de los espacios públicos y la presión especulativa que pretende convertirlo todo en dinero contante y sonante. La presión democrática ha dado lugar a que los Ayuntamientos europeos tuviesen que abandonar las fantasías desarrollistas de una época en que cualquier lugar parecía apropiado para construir un alto edificio de apartamentos o de oficinas. Vivimos momentos en que el discurso ecológico cala en la sensibilidad ciudadana, por más que a los partidos políticos encuadrados en esta ideología les cueste hacer oír su voz. Y a los poderes públicos no les ha quedado más opción que hacer de la presión virtud y reconciliarse con una política de espacio público que, por otra parte, no han tardado en descubrir que permite obtener gratificaciones muy directas.

Se ha dicho que hoy resulta ya difícil diferenciar qué es espacio público y qué no lo es. Y que, en cualquier caso, puede haber espacios públicos de propiedad privada. Dogmatismos ideológicos del momento aparte, cierto es que hay espacios privados que cumplen la función de puntos de encuentro de la ciudadanía sin demasiada discriminación, como pueden ser unos grandes almacenes o una discoteca, por dar dos ejemplos. Pero en ellos, el consumo desempeña un papel motor, cuando el espacio público debería caracterizarse por funcionar como un territorio al margen de las leyes de la eficiencia y la competitividad, como una isla democrática donde la gente se pueda encontrar y reencontrar sin que el dinero establezca ningún criterio de ordenación ni de selección.

El espacio público por excelencia es la calle. La ciudad democrática es aquella en que los ciudadanos se atreven a decir «la calle es nuestra». Porque en las calles se sienten cómodos, porque están bien cuidadas, porque son lugares en los que todo es posible, desde pasear a comprar y vender. Por esta razón, el problema del espacio público no puede ser nunca un problema de reductos aislados. Una política del espacio público requiere un tratamiento urbanístico global, en el que tan importante es el lugar como los caminos que llevan a él. Porque, en definitiva, la calidad de estos caminos es lo que diferencia una ciudad rica en espacio público de una ciudad que sólo cuenta con media docena de islas excelentemente cuidadas para que el autor tenga sus páginas de gloria en las revistas de arquitectura.